

		Tirada: 224.404	Sección: Economía	
		Difusión: 190.451 (O.J.D)	Espacio (Cm_2): 864	
Nacional	General	Audiencia: 666.578 (E.G.M)	Ocupación (%): 70%	
Diaría		14/12/2007	Valor (€): 6.029,00	
			Valor Pág. (€): 8.495,00	
			Página: 80	Imagen: Si

LA VANGUARDIA

LA CONTRA

Marcos Ana, símbolo de los presos políticos, 21 años ininterrumpidos en las cárceles franquistas



Tengo 87 años de edad y 64 de vida porque me resto los 23 de cárcel. Nací en una aldea de Salamanca y vivo en Madrid. Tuve compañera y tengo un hijo. He llevado la vida dura pero noble de un revolucionario. El comunismo sigue pareciéndome un ideal noble. Creí en Dios

“La vida es siempre lo que queda por vivir”



MARC ANAS

La libertad fue lo más difícil para mí. Yo era una piedra más de aquellos muros donde estuve de los 19 a los 41 años.

¿Hijo de jornaleros?
Campesinos analfabetos, hijos de una tierra que no nos pertenecía. Nací en un mundo de explotación, pero no lo reconocí hasta que topé con las ideas socialistas.

¿Cuál fue el primer golpe?
Empezaba la guerra; tras un bombardeo que me sorprendió en el cine y de vuelta a casa, me topé con el cadáver de mi padre. Fue tanta la impresión, que no pude llorar y tuvieron que ingresarme. Mi madre le había insistido esa noche en que saliera a buscar carbón. Pobre mujer, murió sintiéndose culpable.

Y usted se incorporó al ejército.
Sí, tenía 16 años, era la mascota del batallón Libertad. Al terminar la guerra, a los responsables políticos -yo dirigía las juventudes socialistas en Alcalá de Henares- nos dijeron que nos concentrásemos en el puerto a esperar los barcos franceses e ingleses que nos sacarian de España. Éramos unos 30.000.

Pero llegaron los barcos franquistas...
Hay quien propuso que nos matáramos todos antes de entregarnos, y muchos se dispararon

un tiro en la cabeza. A mí me enviaron a un campo de concentración, pero conseguí salir.

¿Qué recuerdo tiene?
Lo primero que vi cuando fui libre fue a un campesino que caminaba comiendo una naranja, lo seguí como un perro hasta que tiró la piel, ¡un manjar!

¿Siguió con su activismo político?
Sí, hasta que tropecé con un confidente. La cárcel era pura supervivencia, nos comíamos la hierba que crecía entre las baldosas, pero la solidaridad era emocionante: si uno tenía la suerte de recibir de su familia una tortilla a la francesa, la cortaba a pedacitos y la repartía.

Dos veces condenado a muerte.
Mi obsesión era morir bien, porque he visto a muchos compañeros que ante la muerte se han venido abajo, había que sacarlos en brazos. Convertimos la cárcel en escuela para que la cabeza no pensara en desdichas.

¿Cuál fue el primer amor?
Estaba en la sexta galería de un colegio convertido en cárcel. Las ventanas estaban cubiertas con ladrillos, pero hacíamos agujeros en las juntas, detrás de los colgadores. Desde allí observábamos la vida y la casa de enfrente. Recuerdo a un viejo en silla de ruedas que le metía mano a la criada y, en otra ventana,

Ternura

“Al principio, en la cárcel, soñaba con el mundo de fuera, pero llegó un momento en que ese mundo no aparecía ni en sueños: la cárcel se impuso como única protagonista de mi vida.

Desde que salí me ocurre lo contrario, de día el color de la vida me envuelve y en la noche, en mis sueños, regreso a la cárcel. Pero no guardo rencor, aquellos años los viví con una fe ciega en el futuro del ser humano”. *Decidme cómo es un árbol es, además de un testimonio de la resistencia antifranquista, un enterecedor relato de la vida de un hombre que empezó a dejar de ser niño a los 41 años, al salir de la cárcel. En él habla de ideales, solidaridad, de cómo descubrió el amor y dónde se halla la esperanza y la fuerza.*

una muchacha junto a un hombre lleno de galones: “¿Quién se atreve con esa?”.

Usted.
Un día la chisté y le tiré un papelito en el que le pedía que me escribiera. Ella contestó que aquello era absurdo, pero yo insistí. Fue muy bonito: Pilar cantaba muy bien, lo hacía desde su ventana para mí, y yo le escribía que en la noche, cuando viera la lumbre de mi cigarrillo avivarse, supiera que eran besos para ella.

Va a hacerme llorar.
Yo no fumaba, pero otros lo hacían por mí, la llamaban *la novia de la sexta*. Cuando su madrestra lo descubrió, la enviaron a un correccional. Era hija de un almirante.

¿Hubo más amores platónicos?
Sor Rosina, así la llamábamos porque era muy sonrosada, me traía la comida cuando estaba incomunicado. Nos escribíamos puntuando las palabras en un devocionario que ella traía y se llevaba. Por los chivatos se supo y la enviaron a una leprosería.

No es usted muy recomendable.
Los presos nos carteamos con algunas chicas; madrinas, se llamaban. El año pasado me escribió un hombre para contarme que su madre, a los 84 años, viajó a México en busca de una compañera que le había guardado las cartas que yo le escribía. Todavía me amaba.

¿La celda de castigo le hizo poeta?
La mantenían mojada durante el día para obligarte a vivir de pie; era duro, y mis amigos poetas me hicieron llegar dentro del colchón unos versos de Neruda. Los leí mil veces y empecé a crear los propios dentro de mi cabeza. “¡Son fantásticos!”, me dijeron cuando salí, y empecé a escribir y a sacarlos de la cárcel.

¿Cómo?
En tubos de pasta de dientes, latas con doble fondo... Los lanzaba al mundo como un náufrago. La sorpresa fue cuando un día me llegó un paquete clandestino de México con mis poemas editados e ilustrados con una paloma de Picasso, que llegó a presidir un centro de solidaridad con España que fundé en París.

Tuvo usted ilustres amigos.
Cuando salí me relacioné con Sastre, el Che, Fidel Castro, Neruda, Alberti. Era miembro de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz y ahí había personajes muy importantes.

Escoja uno.
Entre Alberti y yo hubo mucha ternura. La última vez que lo vi, ya muy enfermo, me cogió la mano con los ojos cerrados y me susurró: “Marcos, ¡qué corta es la vida!”. Me impresionó, porque tenía 96 años; pero ahora lo entiendo, porque por brillante que haya sido tu pasado, la vida es siempre lo que queda por vivir.

¿Qué le impactó de la libertad?
Las mujeres, su ternura, inteligencia y comprensión. Descubrí el sexo entre temblores con una prostituta que me llevó a cenar, me amó, me dio de desayunar y metió en mi bolsillo las 500 pesetas que me pagué. Cuando las encontré, las gasté en flores: “Para Isabel, mi primer amor”. Todo me ha llenado de asombro y lo he vivido con intensidad: la luz del sol, poner mi mano en la cabeza de un niño...

IMA SANCHÍS